



Publicación católica mensual del **Santuario Nacional de Nuestra Señora de Regla**. Fundada el 8 de agosto de 1960. (Miembro de la UCLAP-CUBA). Santuario No. 11, Regla. **ARQUIDIÓCESIS DE SAN CRISTÓBAL DE LA HABANA**
Párroco: Pbro. Mariano Arroyo Merino. Teléfono 797 6228

Regla, 8 de agosto de 2008

No. 575



LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

Dentro de siete días estaremos celebrando la Festividad de Nuestra Señora en su Asunción. Esta fiesta que celebra, universalmente, la Iglesia Católica es la afirmación de que la Virgen María después de su muerte, su cuerpo ascendía a los cielos junto con su alma. Este Misterio fue definido como artículo de fe por el Papa Pío XII en 1950.

Así como Cristo realiza su resurrección en medio de nosotros por su presencia poderosa y eficaz en la vida del mundo, otro tanto podemos decir de la gloria de María y que "asunción a los cielos". Ello quiere decir que está más presente en el mundo que ninguna mujer. En Cleopatra se piensa a lo sumo; a María se le invoca. Es la mujer que está presente y cercana de nosotros. No debemos imaginar lejos de nosotros a Cristo resucitado, el nuevo Adán y a María asunta en el cielo, la nueva Eva de la humanidad. No; nada de esto podemos ni debemos imaginar con

categorías de tiempo y de espacio, pues en la eternidad no existen estas dos dimensiones. Aquí, sobre la tierra, podemos sentir la presencia de Cristo y de María si llevamos una vida conforme al espíritu de Cristo y nos dirigimos a ellas en nuestra oración diariamente.

La asunción de María no es una carrera espacial, no es una traslación física, porque el cielo no es un lugar, sino un estado. Ir al cielo no es emprender un viaje sideral.

Hemos de reconocer que muchos cristianos, en su representación imaginativa del futuro escatológico, todavía están demasíadas pendientes de representaciones plásticas muy deficientes, provenientes de nuestra primera educación cristiana, en nuestra infancia. Son representaciones que dejan mucho que desear. En ese sentido, son un obstáculo para la fe, incluso piedra de escándalo para personas cultas y críticas.

Nuestros seres queridos muertos no se nos van, sino que se instalan definitivamente en Dios, El cielo es Dios. Y esa resurrección ya no tiene reloj ni calendario. Y en María todo ello ha tenido que darse de un modo eminente. Es lo que significa su asunción. En cualquier caso, hay que esforzarse por comprenderlo.

Pidamos a Dios la gracia de vernos algún día gozar de esa felicidad de la cual goza ya María, que Ella, con su intercesión poderosa nos alcance de su divino Hijo esa Gracia.

Ruega por nosotros Santa Madre de Dios. Amén.

2000 Años del Nacimiento de San Pablo



EL SECRETO DE PABLO (2)

(Tomado del libro "San Pablo cuenta su vida", Pbro. Luis López de las Heras, op. Doctor en Sagrada Escritura)

En el número anterior vimos como los sumos sacerdotes de la religión judía habían dado cartas a Saulo (Pablo) para prender y llevar cautivos a los cristianos que vivían en Damasco y en el camino tuvo la aparición de Cristo Resucitado que le dice: "Saulo, Saulo por qué me persigues? Caído por tierra, se quedó ciego. Sus compañeros lo cogieron de la mano y lo «introdujeron en Damasco, donde, atónito y profundamente consternado por los designios inescrutables de Dios, estuve tres días sin comer ni beber» (Hch 9, 8 s). Después de esto vino Ananías, discípulo de Jesús en esa ciudad de Damasco que avisado por el Señor, me bautizó, recobré la vista y comí, y me recuperé.

Mi estancia en Damasco ese año fue brevísima: me retiré en seguida a la Arabia; estaba ansioso de tiempo y de soledad para reflexionar sobre los insondables designios de Dios, que por la Cruz había redimido al mundo y de un perseguidor había hecho de repente -¡y de qué modo!- un ferviente discípulo de Jesús, su Hijo, destinándome a ser heraldo del Evangelio.

En mi propia carne aprendía que todo lo bueno del hombre es pura gracia y misericordia: que Dios es el que ES y no tenemos nada que no hayamos recibido (1 Co 4, 7); que Dios elige lo que no es para destruir lo que es (1 Co 1, 28); que la elección y vocación divinas son completamente gratuitas y totalmente libres por parte de Dios: así fue la de Abrahán, cuya familia servía a otros dioses al otro lado del Eufrates; así fue la de

Jacob, en lugar de su hermano mayor Esaú (Rm 9, 11-13); así fue la del pueblo de Israel (Dt 7, 6-8).

Yo no podía menos de ser un alma profundamente agradecida. De ahí que en mis cartas, después del saludo inicial, me brote espontáneamente la acción de gracias: lo puedes comprobar en todas ellas, exceptuada Gálatas, por lo que luego te diré. Este sentimiento de gratitud creció más y más a lo largo de toda mi vida. Pero su punto de partida, como es de toda mi teología, fue el episodio del camino de Damasco.

Bueno, me preguntarás si no fui a contar mi conversión a mi familia. El Reino de Dios relativiza todo, especialmente si se presenta tan fulgurante y grandioso como me había ocurrido a mí con la visión del Señor Resucitado. Así es que «cuando le pareció bien al que me segregó del seno de mi madre y me llamó por su gracia para revelar en mí a su Hijo y anunciarlo a los gentiles, al instante, sin pedir consejo a la carne ni a la sangre –es decir: a mi familia- no subí (siquiera) a Jerusalén..., sino que partí para Arabia» (Ga 1, 15-17). Me retiré a ese escenario para sumirme allí ante todo en profundas meditaciones sobre los designios de Dios en Cristo y mi elección divina. ¡Y allí estuve tres años! ¡Era otra carrera, muy superior a la de los tres años con Gamalíel! ¡Ahora me sentía anonadado, aunque lleno de amor y gratitud! Y no a los pies de un rabino famoso, sino a los de Cristo, el Hijo eterno de Dios, muerto y resucitado por nosotros. ¡Tiempo habría de comunicárselo a los míos!

Algunos han pensado últimamente que, dado mi temperamento, no pude estar allí tanto tiempo dedicado sólo a la contemplación. La verdad es que la psicología del hombre, cuando actúa en él tan fuertemente el Espíritu, no queda suprimida, pero sí ampliamente desbordada: el modo no lo impone entonces la razón, sino el Espíritu Santo. En todo caso no deja de ser plausible que mi amor a Cristo y el mismo impulso vocacional de difundir la Buena Nueva me sacaran de mis casillas y me empujaran a comunicárselo a las comunidades de esenios instaladas en aquellas soledades. No faltan quienes piensan que el dualismo «luz-tinieblas», «carne-espíritu» y cosas similares, peculiares de los esenios, que puedes encontrar en algunas de mis cartas y en los escritos joánicos, puede deberse a que los primeros teólogos del cristianismo fueran esenios convertidos. Aunque tampoco hay que olvidar que los esenios tenían su barrio en Jerusalén.

3. HUIDA DE DAMASCO

Pasados tres años volví a Damasco, gran ciudad, en la que había muchos judíos, que tenían sus sinagogas: en ellas me puse a predicar en seguida que Jesús era el Hijo de Dios, dejando atónitos a quienes me habían conocido (Hch 9, 20-22). Pero los judíos, después de «bastantes días resolvieron matarme», cosa que vine a saber (Hch 9, 23-24). Al efecto se ganaron al gobernador de la ciudad (ahora del rey Aretas), quien «puso guardia en la ciudad para prenderme... Pero los discípulos, tomándome de noche, me bajaron por la muralla, descolgándome en una espuerta a través de una ventana y así escapé de sus manos» (cf. Hch 9, 24 y 2 Co 11, 32-33).

Este episodio corrobora que mi conversión fue el año 36. El dominio de Damasco por Aretas, rey de los nabateos con su capital en Petra, hay que colocarlo entre el año 40, en que falleció dicho rey, y el 37, año en que Calígula sucedió a Tiberio. Aretas es aquí un buen punto de referencia para esclarecer este dato de mi huida de Damasco.

Tan amigo de Tiberio era Herodes, que al fundar una ciudad al Suroeste del mar de Galilea el año 11 de nuestra era, la llamó «Tiberíades» en honor del emperador romano. Así es que el episodio de mi huida de Damasco no pudo ser antes del año 37, en el que murió Tiberio, al cual sucedió Calígula. Este pudo muy bien ceder a Aretas la ciudad de Damasco para hacer una política contraria a la de Tiberio, como consta que hizo en otros casos.

Mi fuga, pues, de Damasco dominada por Aretas, hay que colocarla entre el año 37 (el de la muerte de Tiberio) y el 40, año en que muere el rey de los nabateos, con capital en Petra: el año 39, a tres años de mi conversión, es buena fecha.

4. EN JERUSALEN, TARSO Y ANTIOQUIA

De Damasco me fui a Jerusalén «para conocer a Cefas, a cuyo lado permanecí quince días» (Ga 1, 18). «Cuando llegué... quise unirme a los discípulos, pero todos me temían, no creyendo que fuese discípulo» (Hch 9, 26). Allí «no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Santiago, el hermano del Señor» (Ga 1, 19). El helenista José, cristiano ferviente, natural de Chipre, llamado por los apóstoles «Bernabé» («hijo de la consolación») fue quien me condujo a ellos (Hch 9, 27-39). Y me retiré a Tarso.

En Tarso no estuve ocioso, aunque la historia no haya recogido nada. Mas, pasados unos cuatro

años, vino a buscarme Bernabé para llevarme consigo a Antioquia, a fin de que predicara a la comunidad de allí. Dios escribe recto con líneas torcidas: los dispersados con ocasión de la persecución suscitada por lo de Esteban llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquia, no predicando la Buena Nueva más que a los judíos. Pero había entre ellos algunos de Chipre y Cirene que, llegados a Antioquía, se la predicaron también a los griegos, algunos de los cuales se convirtieron (Hch, 11, 19-24). Bernabé pensó que yo podía hacer allí un buen papel.

Así es que «partió para Tarso en mi busca y me condujo a Antioquía, donde por espacio de un año adoctrinamos a una gran multitud»: «en Antioquia fue donde por primera vez los discípulos recibieron el nombre de cristianos» (Hch 11. 25-26).

Pasado ese año tuve que volver a Jerusalén. Pues aconteció que por aquellos días bajaron unos profetas de Jerusalén a Antioquia y uno de ellos, llamado Agabo, profetizó que vendría una gran hambre sobre toda la tierra (Hch 11, 27-30) y se hizo una colecta para los hermanos de Jerusalén. Este viaje de las limosnas por el contexto en que está en los Hechos y por las hambres que afligieron al imperio durante el reinado de Claudio (año 41-53), según Suetonio, puede colocarse el año 44: a Judea le tocó el hambre bajo el gobernador Alejandro (año 45-48), según Flavio Josefa, pero las limosnas se recogieron basándose en una visión profética del futuro, si es que no había comenzado ya la penuria por la sequía.

Por este tiempo fue también la muerte de Santiago el Mayor, hermano de Juan, mandado decapitar por Herodes Agripa I, nieto de Herodes el Grande: Calígula le había otorgado el reino de Judea el año 40 y moriría, según Flavio Josefo, poco después de la Pascua del año 44, sufriendo «graves e intensos dolores intestinales¹[1]». Estas muertes (la de Herodes y la de Santiago) las narra el libro de los Hechos inmediatamente después de nuestro viaje de las limosnas (Hch 12, 1-2. 20-23), para cerrar el capítulo con nuestro regreso a Antioquia, acompañados de Juan Marcos (Hch 12, 25). (Continuará en el próximo número)

EL CURA DE ARS Y LA VIRGEN MARÍA



El pasado día 4 de agosto ha celebrado la Iglesia Católica la memoria del Santo Cura de Ars: Juan María Vianney (1786-1859). El último año de vida del Cura de Ars, asistieron unos cien mil peregrinos para confesarse con él. El 29 de julio, “abrasado en fiebre”, estaba todavía en el confesionario. En la noche al pie de la escalera que va a su habitación se desvaneció. Ya en la cama pidió que lo dejaran solo. Los penitentes subían a su habitación.

Aún confesó a algunos, luego les bendecía. El 2 de agosto pidió los últimos sacramentos. ¡Qué bueno es Dios...! ¡Cuando ya no se puede ir a verle, viene él! A las dos de la madrugada del 4 de agosto moría en su cama.

Su devoción a la Virgen María comenzó desde muy pequeño. Se cuenta que siendo él de 4 años tuvo una pelea con su hermano Gothon, algo menor que él. Juan María estaba triste lloraba. Su madre, para consolarle, le dio una imagen de madera que tenían sobre la chimenea de la cocina, que representaba a la Santísima Virgen. Siempre la llevó con él.

“¡Oh! Y cuánto amaba yo aquella imagen, dirá poco antes de morir. No podía separarme de ella ni de día ni de noche, y no hubiera dormido tranquilo si no la hubiese tenido a mi lado en la cama... La Santísima Virgen es mi mayor afecto; la amaba aun antes de conocerla”.

Siempre la amó. “Si para dar algo a la Santísima Virgen pudiese venderme, me vendería”, decía. En todas las casas de Ars (poblado donde él era párroco) había una imagen de color que les había regalado el cura: en todas ellas había puesto su firma. El 1 de mayo de 1836 consagró la parroquia a María Inmaculada. Poco después mandó hacer un corazón dorado que cuelga todavía de la imagen de la Virgen que preside una capilla lateral en la pequeña Iglesia de Ars. Quiso que en ese corazón estuvieran encerrados, escritas en una cinta de seda blanca, todos los fieles de Ars, su parroquia.

Decía en sus enseñanzas a sus fieles: “A menudo se compara a la Santa Virgen con un madre; pero ella es mejor que la mejor de las madres: pues la mejor de las madres castiga a veces a su hijo que le da guerra, y al hacerlo ella cree hacer bien. Pero la Santa Virgen no hace así; ella es tan buena que nos trata siempre con amor. El corazón de esta buena Madre no es más que amor y misericordia, no desea más que vernos felices. Sólo hay que inclinarse hacia Ella para ser atendidos”. También gustaba repetir: “Un buen cristiano va

siempre armado de su rosario. El mío nunca me deja". A muchos de los hombres que se confesaban, les regalaba un rosario.

La Iglesia ha proclamado las virtudes heroicas de este Testigo de Jesucristo, y lo ha declarado patrono intercesor de los párrocos. Su vida es un ejemplo a imitar, no sólo a admirar. Pidamos al Buen Dios, por la intercesión de este santo Cura de Ars y su ejemplo, buenos y santos sacerdotes para ganar para Cristo a nuestros hermanos los hombres y alcanzar, juntamente con ellos, los premios de la vida eterna.

Pidamos, también, que imitemos en nuestras vidas esa gran devoción que tuvo a la Madre del Cielo, María Santísima, el Siervo de Dios Juan María Vianney, para que podamos contar con Ella como intercesora ante el trono de Dios. San Juan María Vianney, ruega por nosotros, Amén.